

FALANGE ESPAÑOLA: DE LA CORTE LITERARIA DE JOSÉ ANTONIO AL PROTAGONISMO DEL NACIONALCATOLICISMO

FALANGE ESPANHOLA: DA CORTE LITERÁRIA DE JOSÉ ANTONIO AO PROTAGONISMO DO NACIONALCATOLICISMO

Gabriela de Lima GRECCO¹

Resumen: La Falange fue capaz de proporcionar un cuerpo doctrinal y una política cultural necesarias para sustentar el nuevo régimen de Francisco Franco, aunque su proyecto revolucionario fascista perdió fuerza frente a los cuadros tradicionalistas y conservadores del propio partido FET de las JONS. Este artículo tiene como objetivo, por un lado, formular una aproximación desde una perspectiva cultural al movimiento fascista en España, la Falange Española, señalando el papel de los poetas, escritores y literatos en el proceso de fascistización de la cultura y sociedad; y, por otro lado, analizar la pérdida de poder de los falangistas durante el Estado nuevo frente a las propuestas nacionalcatólicas.

Palabras-clave: Falange; Fascismo; Literatura; Nacionalcatolicismo.

Resumo: A Falange foi capaz de proporcionar um corpo doutrinal e uma política cultural necessárias para sustentar o novo regime de Francisco Franco, embora o seu projeto revolucionário fascista tenha perdido força frente aos quadros tradicionalistas e conservadores do próprio partido FET de las JONS. Este artigo tem como objetivo, por um lado, formular uma aproximação desde uma perspectiva cultural ao movimento fascista na Espanha, a Falange Espanhola, destacando o papel de poetas, escritores e literatos no processo de fascistização da cultura e sociedade; e, por outro lado, analisar a perda de poder dos falangistas durante o Estado novo frente às propostas nacionalcatólicas.

Palavras-chave: Falange; Fascismo; Literatura; Nacionalcatolicismo.

Introducción

Nadie puede decir que el fascismo en España es el resultado de un impetuoso movimiento intelectual, aunque hay que añadir que nació en manos de escritores.

Dionisio Ridruejo

Los estudios sobre el fascismo se han desarrollado de forma abundante en las últimas décadas. El creciente interés académico que despierta la problemática del

¹ Doutoranda em História Contemporânea – Programa de Pós-graduação em História Contemporânea - Faculdade de Filosofia e Letras - UAM – Universidad Autónoma de Madrid, Cantoblanco. Madrid - Espanha. Personal Investigador em Formação. E-mail: gabriela.lima@uam.es.

fascismo, a partir de una perspectiva más amplia, favorece el conocimiento crítico y acumulativo en esta área de estudio. Las diversas publicaciones de trabajos acerca de los múltiples aspectos del fascismo y las diferentes perspectivas que abarca el campo denominado «estudios del fascismo», que buscan enlaces conceptuales e históricos, generan, a su vez, la adopción de paradigmas comparativos. Asimismo, los estudios en claves más profundas respecto de la «esencia» del fascismo se han desarrollado, más recientemente, en el sentido de resaltar una interpretación en claves culturalistas del fenómeno fascista.

Para Stanley Payne (2008), esta nueva fase del estudio del fascismo fue influenciada por el cambio innovador del «giro cultural» en la disciplina de la historia. Este aporte cultural a las investigaciones del fascismo hace referencia a todos los ámbitos de la producción cultural y de la actividad social, como la estética y la propaganda fascista. Gracias a ello, se ha alcanzado una nueva dimensión del carácter moderno del fascismo y, según Griffin (1998, p. 21-26), este ha pasado a ser entendido como «una respuesta a la modernización dentro de la prolongada, compleja e imprescindible evolución, alejándose de la sociedad tradicional de algunos Estados-nación» y como «el pionero de un nuevo camino hacia la modernidad, necesario a causa de la quiebra o decadencia de las ideologías existentes».

Con el fascismo surgió una generación cultural de artistas, pensadores y políticos por todo el mundo que dio lugar a un movimiento de propósitos revolucionarios y que se definía, conforme al pensamiento de Mussolini, como «una vanguardia destinada a liderar la sustitución del decadente sistema liberal» (SESMA LANDRIN, 2011, p. 273). Estos planteamientos concebían la revolución de la nación «como la síntesis de la moderna revolución política, social y cultural para producir lo que Mussolini pasó a concebir como una competencia revolucionaria entre la Italia fascista y la Unión Soviética» (PAYNE, 2008).

Estos nuevos estudios colaboraron para comprender la importancia de las ideas fascistas como fuentes de inspiración o referente político en las dictaduras antiliberales. Los nuevos Estados en Portugal y España, por ejemplo, han sacado provecho de las ideas fascistas cuando les convenía, es decir, estaban dispuestos a tomar del fascismo cuando encontraban en él útil y factible sin contravenir por ello algunos de sus fundamentos ideológicos.

En un contexto en el cual se produjo la toma de poder por parte de las nuevas derechas radicales y el descrédito de la democracia, existió la necesidad de engendrar una nueva inspiración ideológica. Por ello, un amplio sector de la derecha española buscó inspiración en la retórica y en elementos de legitimación del fascismo en diverso grado, dando lugar al movimiento de la Falange española. Tras la Guerra Civil Española y con la ascensión de la Falange como Partido Único del régimen franquista, se empezó a diseñar una nueva política de cara a fascistizar la sociedad y la cultura. Esta nueva política determinó un conjunto de parámetros de organización y de valores ideológicos, como fue el corporativismo.

En este sentido, la Falange fue capaz de proporcionar un cuerpo doctrinal y una política cultural necesaria para sustentar el nuevo régimen, aunque su proyecto revolucionario perdió fuerza frente a los cuadros tradicionalistas y conservadores del propio partido FET de las JONS. Este artículo tiene como objetivo, por un lado, formular una aproximación desde una perspectiva cultural al movimiento fascista en España, la Falange Española, señalando el papel de los poetas, escritores y literatos en el proceso de fascistización de la cultura y sociedad; y, por otro lado, analizar la pérdida de poder de los falangistas durante el Estado nuevo frente a las propuestas nacionalcatólicas.

Falange Española: el movimiento fascista en España

1922 fue un año clave en la historia contemporánea: el año de la «marcha sobre Roma». Fue el año en que, oficialmente, gana fuerza una nueva opción política en el entreguerras y que trata de ser una respuesta a las demandas de la clase obrera y la búsqueda de fórmulas políticas que estabilizaran los problemas políticos fruto del descrédito del liberalismo. El fascismo aparecía, en un contexto percibido como de crisis, como un elemento de ruptura radical con el liberalismo y como una novedad en el terreno político y cultural a través de una estética novedosa pero que incorporaría elementos tradicionales. Esta sensación de estar viviendo una época de decadencia nacional podría, por supuesto, ser superada con el esfuerzo y voluntad mediante una vanguardia política incorporada por el «mito» fascista. Dicho mito suponía una labor en pro de la regeneración del mundo moderno y se extendió mucho más allá del alcance de la renovación estética o cultural. Fue considerado, también, una regeneración de lo

político, a partir de lo cual debería surgir el líder carismático —arquetipo del profeta— para que la sociedad en su conjunto completara la transición hacia un nuevo orden que pusiera fin al decadente modelo burgués. Esta voluntad política, en un marco de crisis del sistema liberal decimonónico, tenía como necesidad y misión sagrada la regeneración histórica de la patria desde una visión teleológica.

En la España republicana, determinados elementos de la ideología fascista entraron a formar parte del discurso de muchos conservadores, pero también de intelectuales que se identificaban con un proyecto nuevo y radical. Estos intelectuales adoptaron una posición pública y, en este sentido, pretendieron «intentar llegar a una síntesis doctrinal entre los rasgos ideológicos del fascismo y aquellos más enraizados en la tradición conservadora del país» (JIMÉNEZ CAMPO, 1979, p. 50): un proyecto que iba más allá del reaccionarismo, pues aspiraba ser revolucionario y moderno.

Durante la Dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República, a través de la revista *La Gaceta Literaria* (1927-1932), su editor, Ernesto Giménez Caballero, había propuesto la construcción de un Estado fascista de respuesta modernizante como solución a los problemas de la crisis nacional. La Carta a un compañero de la joven España, publicada el 15 de febrero de 1929 por Giménez Caballero en *La Gaceta*, puede leerse como «la acta de nacimiento del fascismo español» según Albert (2003, p.355).

Esta disposición favorable hacia las ideas fascistas empezó a tener más fuerza a finales de 1934, momento en que se acentúa la polarización ideológica en España. Con el resultado de las elecciones de noviembre de 1933, las fuerzas del conservadurismo antirrepublicano se asomaron al escenario político, tomando el poder la coalición de centro-derecha encabezada por la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Esta formación del catolicismo político fue identificada por los grupos de izquierda como una manifestación del fascismo español, aunque, según Böcker (1998), sería más bien una fuerza política de recepción del fascismo, como lo fueron también la Renovación Española y el grupo formado alrededor de la revista *Acción Española*, así como el autoritarismo radical de los grupos monárquicos alfonsinos y el tradicionalismo carlista. Dentro de este proceso, es relevante la existencia de una organización que experimentaría una radicalización hacia el fascismo propiamente dicho: la Falange española.

Fundada por José Antonio Primo de Rivera, la Falange pretendió ser un movimiento nacional de proyecto político conscientemente moderno y rupturista.

Antiliberal convencido, para Primo de Rivera el Estado liberal conducía a un individualismo que implicaba la opresión de los trabajadores. Dicho desvío del Estado nacional es lo que llegaría tanto con el liberalismo, que destruía la unidad nacional mediante un sistema de partidos, como con el socialismo, a raíz de la lucha de clases. El liberalismo se caracterizaba así como lo contrario de lo que pretendía el proyecto político totalitario. Por ello, el falangismo pretendió presentarse como una alternativa seria para los trabajadores, conquistándolos con la idea del corporativismo nacional y la construcción de un único partido de derecha moderno, autoritario y revolucionario que trascendiera los partidos y las clases sociales.

El 29 de octubre de 1933, once años después de la «marcha sobre Roma», tuvo lugar el acto de lanzamiento del partido falangista en el Teatro de la Comedia de Madrid. Este acontecimiento supuso la inserción del movimiento fascista en la vida pública de España y su definición como movimiento análogo a los fascismos europeos. El fascismo español fue, en efecto, considerado como una doctrina extranjera —marcadamente italiana— adaptada a la realidad española (BÖCKER, 1998). En virtud de ésta fuerte influencia, el nacional-sindicalismo se incorporó como principal concepto ideológico de la Falange, considerado como una fórmula de nacionalismo a un nivel político-organizativo —a través de un sindicato único y vertical—. En este marco, el franquismo no puede ser entendido fuera del fascismo y el partido que vertebra el programa del nuevo Estado es la Falange.

Sin embargo, hay que decir que hasta 1936 el movimiento fascista no tuvo una influencia política importante. «La paradoja de la alternativa política de derechas en España consistía en que en los años de la Segunda República no fue contemplada como competencia de los partidos fascistas» (BERNECKER, 1998, p. 31). El partido contó con un número bastante reducido de militantes, cerca de 6 mil en 1936 (CHUECA, 1983, p. 130), en una población con cerca de 25 millones de habitantes. Además, a partir de 1936, la FE-JONS (Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista) pasó a tener un complejo compuesto político, en que gran parte rechazaba la opción fascista, y con eso acabó perdiendo su autonomía frente a la realidad de un poder compartido (CHUECA, 1983, p.80-82).

Por no existir un grupo social hegemónico claramente definido, el Ejército entró en la escena política y, tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936, se produjo un golpe contrarrevolucionario bajo su liderazgo. La consecuencia fue un régimen en el

que coexistieron, por un lado, los grupos tradicionales, el Ejército y el catolicismo integrista, y, por otro, el grupo fascista «revolucionario conservador» (MELLÓN, 2012a). Es en esta óptica en la que se inspira el movimiento falangista, el que llegaría a imponerse como la cultura política hegemónica del régimen de Franco en la inmediata posguerra, por medio de un diálogo constante y directo entre la ruptura y la continuidad.

Los militantes del fascismo español se asomaron al escenario político desde el punto de vista de la renovación generacional una vez que buscaban unas señas de identidad que remitieran a la imagen proyectada por su régimen de referencia a nivel internacional (SESMA LANDRIN, 2011). Este fascismo político en España fue representado por la Falange, contando, igual que los otros movimientos fascistas, con su correspondiente proyecto político y pensamiento estético. Impelidos por las experiencias políticas frustradas de los años treinta, el fascismo español se postuló como la auténtica tercera vía, consolidándose como movimiento político tras el estallido de la Guerra Civil española. Por ello,

la Guerra Civil consagraba así la fascistización como salida a la crisis para las persistentes elites tradicionales también en España, al igual que sucediera previamente en Italia y Alemania. [...] (Sin embargo), el protagonismo de los militares y la marginalidad de la Falange republicana constituían importantes elementos a la hora de establecer las jerarquías en el seno del bando nacionalista. Por si el eclecticismo ideológico reinante no fuera suficiente, pronto [...] los antiguos integrantes del catolicismo político solicitaban el concurso del fascismo redentor (SESMA LANDRIN, 2011, p. 278).

Este pluralismo interno del partido fascista español, que incluía agrupaciones tradicionalistas, monárquicas y católicas, fue fruto de una estrategia política para triunfar en la Guerra Civil. Pese a este hibridismo que le quitaba su naturaleza intrínsecamente fascista, durante el Primer Franquismo la política gubernamental se caracterizó, más que en cualquier otra etapa del régimen, por una visible afinidad a los movimientos fascistas germánico e italiano: el culto a la personalidad del caudillo, los eventos de masa, la proliferación de símbolos fascistas, el partido único, el sindicato vertical y el uso del terror permanente.

El fascismo —mediante el mito palingenésico, el de la nación renacida tras un periodo de decadencia— ansiaba por construir un nuevo mundo, sobre todo en relación al pasado más inmediato —el de la modernidad liberal y decadente— suponiendo, en cambio, el renacimiento de un estado que ya existió en otro tiempo. El conflicto

permanente de la vanguardia falangista se halló, por consiguiente, en su orientación hacia el pasado: su narrativa buscó una salida a la crisis de identidad del sujeto moderno, situándolo entre la nostalgia del pasado, la renovación hacia el futuro y la precariedad del presente.

Fue, precisamente por eso, que se actualizaron algunos símbolos tradicionales, que representarían la fuerza transformadora de la voluntad de lucha por lo nuevo. En este horizonte simbólico es que el campesino encarnó los valores míticos de la vanguardia fascista como símbolo del nuevo hombre. De tal forma que la dictadura de Francisco Franco defiende la «vocación agrícola»¹ del país en el sentido de preservar los valores genuinos de la nación, cuyo elemento clave consistió en la llamada «ideología de la soberanía del campesinado» como expresión ideal de las relaciones materiales dominantes. «De hecho significaba el rechazo de la civilización urbana e industrial en que habían nacido las ideas democráticas y liberales, y una voluntad de una vuelta integral al agro» (CIRICI, 1977, p. 74).

En referencia a ello, el régimen también apeló a otros mitos tradicionales, poniendo énfasis en los elementos religiosos de la Iglesia Católica. El nacionalcatolicismo promovería la renovación de un elenco de mitos, como el de la Cruzada, para lanzarse hacia el futuro en su particular búsqueda de la hispanidad católica. Esta definición del arte al servicio de la «catequización» exhibió rasgos fundamentalmente medievales, cuya funcionalidad ideológica fue la creación de un arte de propaganda misionero y militante. La Iglesia fue así convertida en simbólico emblema de la restauración de la esencia de una España amenazada por la razón laica individualista y el ateísmo nihilista moderno.

Es en el campo de la educación donde la Iglesia promovió la orientación de la formación de la infancia y de la juventud españolas «hacia criterios de una espiritualidad de rasgos medievalizantes, profundamente antimoderna, recelosa de cualquier indicio de cambio o adaptación a los tiempos» (GRACIA & CARNICER, 2004, p. 117). Este predominio de la ideología católica en la formación intelectual española supuso cierto enfrentamiento con la visión más modernista de la Falange. Tal hostilidad se puso de manifiesto, por ejemplo, en la lucha de los falangistas contra el oligopolio de las órdenes religiosas en el terreno de las enseñanzas medias, enfrentamiento que durará toda la década de los cuarenta. Así,

Las campañas de la prensa falangista, las reuniones, la publicación de folletos y opúsculos por parte falangista, llamando al Estado para desempeñar una tarea de control, fueron una constante de estos años buscando la revalorización de una docencia oficial de hecho [...]; aquí se estaban proyectando otro tipo de enfrentamientos políticos de más calado, pero también es la constatación de que a importantes sectores de los vencedores les parecía excesiva una influencia religiosa (GRACIA & CARNICER, 2004, p. 114).

Pese a ello, existió claramente la voluntad de crear una retórica basada en la colaboración entre el discurso del falangismo y el catolicismo, como demuestra la revista *Jerarquía. La Revista Negra de la Falange*. En ella el clérigo Justo Pérez de Urbel, argumentó que lo que estaba en juego respecto del rechazo del arte moderno occidental «era nada menos que nuestra dignidad humana, nuestra gloria de españoles, nuestra religión, nuestra patria [...] todo eso es lo que nos querían arrebatar y todo esto es lo que salva y recoge y asegura Falange en el haz indisoluble de sus flechas» (ápuđ SESMA LANDRIN, 2011, p. 281). Este arte palingenésico español sería así capaz de combinar el sentido práctico del fascismo con la idea de pureza encarnada por la moral católica, tal y como dejaron patente las poesías de José María Pemán.

Esta invocación del arte como una gloriosa tradición regenerada suponía la búsqueda de un canon estético gestor de «nuevas y rotundas formas que representasen el ideario de un Imperio que resurgía de sus cenizas» (BOX, 2012, p. 8). El estilo arquitectónico de la «Nueva España» debería definirse por la severidad, la rigidez y el geometrismo, siendo su prototipo el Monasterio de El Escorial, como símbolo de la sobriedad y la espiritualidad castellananas y reflejo de la Edad de Oro del imperio nacional. Se creaba así un nuevo continente material que confirmaba la fe en la «renovación del espíritu de la Nueva España».

La Falange española se presentó así al ritmo de los nuevos movimientos modernistas, pero sin negar los hilos familiares con las otras corrientes de la extrema derecha española. Esta presunta «revolución conservadora» se vincula a una imagen de futuro, de un mito de origen perdido y de una esencia nacional que desapareció, pero que pudo ser rescatada (GRIFFIN, 2010, p.252). Este factor comportó una redefinición de la cultura fascista española que otorgaba a los símbolos tradicionales del catolicismo gran protagonismo. Esta capacidad sintética del fascismo en meter la tradición y la renovación en un mismo discurso, dándoles una forma única, representó su búsqueda hacia una dinámica revolucionaria. El hibridismo estético y retórico de retorno a la tradición y de ruptura vanguardista refleja la complejidad de los factores que se

entremezclan en los idearios fascistas. El fascismo —y por lo tanto el falangismo— fue una «síntesis eclética, deliberadamente confusa, de diferentes corrientes políticas, doctrinales y culturales, en variadas combinaciones según cada país» (MELLÓN, 2012b, p. 76-77).

La Corte Literaria de José Antonio y el fascismo como acontecimiento literario

A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas.

José Antonio Primo de Rivera

La figura de Giménez Caballero, carné número cinco de la Falange Española, representó la aproximación al fascismo desde la vanguardia artística, y fue la figura que intentó politizar a la nueva generación de intelectuales. Caballero anunció su adhesión al fascismo el 15 de febrero de 1929 a través de *La Gaceta Literaria*, con la publicación del prólogo a su nueva traducción de *Italia contra Europa*, de Curzio Malaparte (PAYNE, 1997, p.133). Personaje igualmente importante durante la etapa originaria del fascismo español fue el intelectual orgánico (PASTOR, 1975, p. 65) Ramiro Ledesma Ramos, que reunió los elementos ideológicos de acción política decididamente fascista, fomentando el debate político en los espacios culturales y artísticos durante el periodo. Asimismo, fue el primer intelectual que posibilitó la definición del fascismo español de forma relativamente clara y precisa, lanzando la idea de un nacional-sindicalismo revolucionario. Otros hombres de las letras, como Rafael Sánchez Mazas y Mourlane Michelena, miembros de la Escuela Romana del Pirineo, fueron fundamentales desde un punto de vista estético e ideológico, para la formación a la postre de los postulados de la Falange Española (CARBAJOSA & CARBAJOSA, 2003, p.11).

Desde luego, esta vanguardia política estaba conformada por intelectuales licenciados o doctores en Filosofía y Letras, como Ledesma y Caballero; por abogados, como José Antonio; y muchos de ellos hicieron incursiones en diversos géneros literarios, sobre todo en la poesía. Consideraban que el Poeta encarnaría el verdadero líder de los nuevos tiempos, ya que la poesía tenía el poder de construir mitos, capaces de evocar ideas que movilizasen a las masas. En este sentido, los poetas manejaban a las masas, como el pintor los colores y las líneas. Esta exaltación del poeta no impidió asimismo a Caballero definir la autoridad del hombre de las letras sobre el líder político,

al que el poeta ofrecería su palabra que consistía en «el polen de toda fecundación histórica» (GIMÉNEZ CABALLERO, 1935, p.187).

Ernesto Giménez Caballero fue la figura central de la fascistización de la política y de la cultura española y figura prestigiosa que influyó los grupos políticos en su momento. Entre 1927 y 1932, como ya fue señalado, editó *La Gaceta Literaria*, que se consolidó como plataforma literaria de la vanguardia española y como «laboratorio intelectual» de las ideas prefascistas. Su viaje a la capital italiana y su encuentro con el fascismo fueron decisivos para su desarrollo ideológico. En claves patrióticas y nacionalistas, buscó, dentro de una formulación universalista, insertar la realidad política española en los postulados del fascismo. Para él, tradición y revolución significaban los ejes centrales del fascismo; por ello, fue un crítico contundente de la civilización moderna, tecnicista y capitalista, viendo en la crisis occidental una oportunidad para reordenar radicalmente las estructuras políticas, a través de un sistema totalitario, pero que preservase las tradiciones nacionales.

En *Arte y Estado* (1935), importante documento de la estética fascista, afirmara que el arte occidental moderno estaba en crisis. Este descenso en materia artística consistiría en el excesivo individualismo y en el abusivo afán de libertad a causa de la concepción liberal y atomizada de la civilización europea. Por ello, este teórico postulaba una estética de contenidos objetivos. Se trataba de que el arte tuviera un significado práctico, de servicio y de propaganda conforme a la concepción de su realidad histórica. Los intelectuales estaban así encargados de la restauración y pedagogía de la cultura hispánica (RUIZ BAUTISTA, 2005).

A raíz de este entendimiento de la praxis artística, los falangistas utilizaron los sindicatos para someter al artista a las directrices estatales. Giménez Caballero mostraba una absoluta admiración hacia esta concepción de «corriente sindical del arte» como manifestación de la disciplina espiritual de los artistas, cuya función consistía en la destrucción del mito romántico del artista libre y del arte autónomo. «El compromiso de la cultura debería llevarla a elaborar y transmitir los mitos, ritos y símbolos, que harían de la nación una noción, si no inteligible, sí sensible para la gran masa del pueblo» (RUIZ BAUTISTA, 2005, p. 35).

El Estado, pues, «agruparía a sus artistas en sindicatos para que estos orienten el arte con nuevos puntos de vista y el arte así orientado estaría sirviendo al Estado, convertido en vehículo transmisor de sus puntos de vista» (WAHNÓN, 1998, p.35). En

efecto, la primera ley del arte franquista fue la subsidiariedad política, su integración en una lógica que lo subordinaba a intereses inmediatos de signo legitimador y propagandísticos, y ese fue el resorte más evidente en todos los órdenes (CARNICER, 2004, p. 127).

Movidos por un espíritu revolucionario, los jóvenes falangistas ofrecieron al régimen una ornamentación y estética fascista y una ideología más consistente al bando nacionalista. Como señala Albert (2003), la Falange fue un movimiento político que se entendía a sí mismo expresamente como «movimiento poético», cuya concepción estética de lo político se tradujo como aspecto inherente al movimiento. La Falange, pues, se caracterizó por ser un movimiento de intelectuales, articulándose en diversos círculos literarios, tertulias y empresas periodísticas. Asimismo, en la esfera de la «estetización de lo político», el movimiento estuvo presente en las universidades, en la prensa y su censura y se lanzó como la auténtica vanguardia tras el fracaso del liberalismo.

En este sentido, los camisas azules se entendieron a sí mismos como la vanguardia española, la alternativa más efectiva frente a la cultura burguesa y perfilaron con rigor el fenómeno de la ideologización de la literatura y de las artes. Los falangistas postularon su movimiento como una construcción de identidad, una «manera de ser», pero una manera de ser que igualase a la identidad nacional y del movimiento. Esta dimensión de la autorepresentación falangista como el «propio estilo nacional» se vio representada en la literatura, como por ejemplo en la novela *Camisa Azul*, de Felipe Ximénez de Sandoval, donde aparece tematizada la búsqueda por una identidad capaz de fundamentar un nuevo sentido existencial.

Los falangistas, que consideraran el fascismo italiano el principal modelo a ser seguido, se declararon católicos, aunque generalmente su postura fue anticlerical, y entendieron el catolicismo como parte integrante de lo nacional. Este hibridismo ideológico, entre lo tradicional y lo nuevo, principalmente a partir de la creación del partido único de FET y de las JONS (Decreto n. 255, de 19 de abril de 1937), que le presentaba simultáneamente como renovador y restaurador de una tradición, le otorgó el papel regenerador del arte y de la cultura hispánica. Los azules sabían la importancia de conjugar en una misma retórica el estilo novedoso y a la vez la tradición, con el fin de cautivar las masas y, especialmente, la juventud.

Sin contar con una tradición político-filosófica, el fascismo español se desplegó muy en contacto con los medios artísticos y literarios, entre los cuales los hombres de las letras formarían una importante corte literaria en torno a José Antonio Primo de Rivera (CARBAJOSA & CARBAJOSA, 2003). José Antonio sabía de la influencia de los intelectuales en la sociedad y consideraba pieza clave su influencia en la vida española. Por consiguiente, las inquietudes intelectuales y la producción estética y literaria estuvieron íntimamente conectadas al proceso de formación del movimiento fascista español.

El 16 de marzo de 1933, saldría el primer número del semanario *El Fascio*. Éste semanario representó el primer encuentro de las diferentes tendencias profascistas, entre los cuales estaban José Antonio Primo de Rivera, Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero, Ramiro Ledesma y Juan Aparicio López. Esta experiencia significó la primera aproximación de las principales figuras del fascismo español y, como subraya Carbajosa & Carbajosa (2003, p.80), curiosamente fue una reunión de escritores y no de políticos o ideólogos.

El fascismo español, pues, tuvo su fundación en torno a circuitos literarios. Los intelectuales estuvieron íntimamente conectados a la evolución política del fascismo español, en el cual los poetas y escritores fueron capaces de crear una atmósfera favorable para el desarrollo de la fascistización de la sociedad. Las revistas culturales y las reuniones entre los escritores fueron el punto de partida para la elaboración de un contenido político que daría pie a los planteamientos profascistas. En este sentido, la acción política se confundió con la vocación literaria y, a partir de esta retórica filosófico-literaria, surgiría la Falange como movimiento político y espiritual. Desde luego, el peso de los escritores en el proyecto falangista fue determinante y los camisas azules reconocieron en la figura de José Antonio a su principal líder. Rodeado de intelectuales, como Mazas y Caballero, José Antonio supo transmitir el ímpetu fascista existente en la retórica de los escritores para fundar la Falange Española. Además, tras la muerte de Primo de Rivera, éste se convierte en el mayor icono del culto a los caídos, mediante un proceso de «transfiguración de la ausencia» y de la construcción de su mito político (SEVILLANO CALERO, 2010, p.267).

Sin embargo, para los azules la poesía sin acción se tornaba peligrosa. Según José Manuel Martínez Bande, en la revista *Nacional-Sindicalismo* (1938, p.12), la poesía excesiva es «falsa, aparente, como asentado en puras divagaciones. [...] es

veneno si el sol caliente de la acción no la refuerza y la da calorías». Y agrega que no nacemos para «leer obras literarias en nuestro rincón dormitorio, o especular con las ciencias por puro afán de especulación». El arte, dice, se debe hacer para educar a las masas, para aprovechar fuentes de energía y ordenar más convenientemente nuestra vida. De esta forma, para llevar a cabo la unión entre praxis política y poética los falangistas tendrían que esperar la toma del poder político y, a partir de su visión nacionalsindicalista, poner en marcha su proyecto autónomo desde el punto de vista doctrinal y orgánico.

En concreto, esta vanguardia política, y quizás literaria, se caracterizó por un intento de ruptura generacional, liderada por una élite intelectual que se consideraba como la más capacitada para conducir la revolución fascista. Éstos artistas fueron capaces de lograr la construcción de un movimiento político que atrajo a diversos intelectuales, precisamente en un momento en que una gran mayoría de los mismos eran de izquierda. Además, permitió que las letras se convirtieran en arma política y canal para el desarrollo de ideas tanto estéticas como políticas. La literatura pasó entonces a servir a los ideales político-filosóficos, cuyas narrativas buscaban construir una sociedad forjada a partir del espíritu nacionalista, moderno, y de pretensiones revolucionarias.

Del nacionalsindicalismo al nacionalcatolicismo

Los acontecimientos que marcaron el golpe de Estado fallido del 17 y 18 de julio de 1936 desencadenaron el inicio de una guerra civil. Según Julián Casanova (1994), la Guerra Civil española fue producto de un golpe militar que puede explicarse por la tradición de intervención del Ejército y por el lugar privilegiado que este ocupaba dentro del Estado. A partir de aquel verano, puede decirse que en España existieron dos Estados: el republicano —que cayó al final de la guerra— y el nacional —que tras tres años de conflicto venció al Gobierno democrático de la II República—. Se inauguró así una larga etapa de la historia española que se prolongaría hasta la muerte del general Francisco Franco en 1975. El impulso que guiaba a la España victoriosa estuvo animado por el deseo de ruptura con el pasado liberal que se llevó a cabo mediante una fuerte represión político-cultural (DE LIMA GRECCO, 2014, p. 362). En lo que respecta a la

política interior y al concepto organizativo del poder franquista, éste fue concebido básicamente durante el periodo de la guerra civil. Estos años fueron decisivos para la centralización del poder político y militar en la figura de Francisco Franco (EIROA, 2012, p. 108-113).

La legitimación del «nuevo Estado» se fundamentó en la guerra. Así, tras el fin de la guerra civil, en el contexto histórico de la ascensión de movimientos fascistas, el rumbo del nuevo Estado parecía dirigirse —al menos por la vocación de muchos de los dirigentes, especialmente los liderados por Serrano Suñer— hacia un régimen fascista. De hecho, durante este primer período, la FET de las JONS promovió un proyecto fascista, cuyo uno de los objetivos fundamentales fue el de canalizar y movilizar la participación política de la población. Aunque muchos historiadores consideran el franquismo como la reacción de una España tradicional y conservadora que adoptó algunas fórmulas fascistas, está claro que hubo una voluntad fascista y modernizante por parte de múltiples personalidades del régimen y una clara intención de sumar el proyecto franquista al modelo alemán o italiano, identificándose con su actitud revolucionaria.

Desde luego, la clasificación del régimen continúa siendo un asunto problemático para la historiografía. Fue, sin duda, un régimen militar, una dictadura antidemocrática que llevó a cabo la supresión de libertades y la permanente represión político-social y la censura cultural. Uno de los temas más debatidos se relaciona con el carácter fascista del régimen, en cuanto a la conversión de la Falange Española como órgano político-cultural y propagandístico de la dictadura. Si por un lado la Falange sirvió como elemento de legitimación del nuevo orden y como pieza destinada a efectuar el encuadramiento de los sujetos; por el otro, el uso de los símbolos y rituales fascistas (como el saludo de brazo en alto y el yugo y las flechas) fueron el resultado de la subordinación del partido a Franco. Para Ángeles Barrios Alonso (2004, p. 201), el régimen franquista no era fascista sino que se sirvió de ésta ideología para garantizar la consecución de dos objetivos: vencer la guerra y asegurar el poder personal de Francisco Franco.

En este sentido, un conjunto de planteamientos heterogéneos, básicamente antiliberales y antiparlamentarios, que se presentaron como opción frente al liberalismo en retroceso, formarían el complejo abanico ideológico del franquismo. A lo largo de los años, el régimen franquista careció de una ideología precisa y, por ello, se llamó a sí

mismo «democracia orgánica». De acuerdo con este concepto, la representatividad no se encontraba en los ciudadanos sino en los órganos estatales (sindicato, familia y municipio). Por ello, estas corporaciones sociales y derechos colectivos estaban por encima de cualquier derecho individual, articulándose a través de un discurso de «corporativismo» nacionalsindicalista. En este sentido, la clave ideológica más reiterada por los falangistas consistió en la concepción corporativa, sumada a la reducción de la lucha de clase (CHUECA, 1983, p.97).

El corporativismo se entiende como un pensamiento social que supone la estructuración de la sociedad en «cuerpos intermedios» con fin a establecer el orden y el equilibrio social, defendiendo una sociedad jerárquica y organizada (PERFECTO, 2006, p. 185). El 26 de enero de 1940, la Ley de Unidad Sindical prohibió cualquier tipo de organización sindical distinta a la del Partido, y la Ley de Bases de Organización Sindical, de 6 de diciembre de 1940, supone el despliegue de una organización del sindicalismo vertical. En este sentido, el franquismo podría ser clasificado como un régimen de características del corporativismo estatal, dado que la afiliación fue obligatoria a las corporaciones en términos de Sindicalismo Vertical. El gobierno, a su vez, nombraba los miembros de la Falange a los cargos de las corporaciones, aunque tanto los obreros como los empresarios pertenecían a los sindicatos (MARTINEZ-ALIER & JUSMET, 1984). El Estado, por lo tanto, aparece como intermediario en relación a los individuos organizados en corporaciones, pero, a su vez, convierte los sujetos en simples instrumentos de la voluntad estatal, representadas por el líder y el Partido único, la Falange Española. Estamos, por lo tanto, ante la exaltación del Estado, que absorbe al individuo y lo integra.

De esta manera, el nacionalsindicalismo entendía que era necesario que la sociedad se organizase partiendo de la base de que dentro del sistema de producción no existía oposición de intereses. En esta línea, se insertan las propuestas de identificación entre los intereses de los trabajadores y de los empresarios, que partía de la idea de abolición de la lucha de clases. Según Chueca (1983, p.98), una de las principales propuestas corporativas fue la de «profesionalización», la cual pretendía agrupar en una misma cofradía, gremio o sindicato los trabajadores de una misma profesión, en «armónica y unitaria relación de independencia, creándose una consciencia de hermandad entre todas las clases y entre todos los hombres». El Partido, pues, vertebraría, en términos organizativos e ideológicos, la totalidad de la comunidad,

mediante un discurso que anunciaba que el Estado era el «superador» de los enfrentamientos de clases (RAMIREZ, 1978, p.26-27).

Pese a que la doctrina del nuevo Estado se hubiera propagada mediante la existencia de una ideología oficial y de un partido único -la FET y de las JONS -, el proyecto fascista y corporativo de los falangistas se iría adecuando paulatinamente a las complejas agrupaciones del Estado franquista. El Movimiento fue perdiendo su iniciativa política y su escasa capacidad aglutinadora y fluidez orgánica, lo cual implicó la existencia de un abismo entre los objetivos formulados por el Partido y su falta de correspondencia concreta (CHUECA, 1983, p. 180). Por todo ello, el proceso de fascistización del régimen tuvo límites. Según Paul Preston (2014, p. 35), tras la guerra, la Falange fue mutilada, con lo que libró el régimen de ser considerado fascista.

El peso de los militares en la política española liberal significó, como herencia, el gran protagonismo que tuvo el Ejército durante el franquismo y su política represora para mantener el «orden público». Lo cierto es que el ejército fue el principal instrumento de imposición del régimen. La otra gran protagonista fue la Iglesia Católica. Esta institución, que tras el fin del Antiguo Régimen tuvo restringido sus poderes políticos y sociales, encontró un aliado en el Estado nuevo para restituir sus derechos y privilegios, y expandir su dogma y la moral católica. La Iglesia utilizó su poder coactivo directo e indirecto, pretendiendo convertirse en tutora del Estado y de la sociedad. Fue la Iglesia, además, quien contribuyó a dar legitimidad al término Cruzada, que significó el alzamiento nacional apoyado por las masas para erradicar el Mal, es decir, el bando republicano.

Estos límites se potenciaron con la derrota del fascismo en la II la Guerra Mundial. Sin embargo, ya se gestaba con anterioridad una lucha ideológica por definir el nuevo régimen: por un lado, una concepción fascista del Estado a partir de las ideas falangistas, y por el otro, una configuración restauradora de la tradición de España como Estado católico, a partir de los ideales de los católicos-integristas. Con el fin de la Gran Guerra, se afirmó una nueva conjugación entre Estado e Iglesia Católica y se hundió el proyecto falangista radical. De hecho, con frecuencia «los cambios fueron la respuesta de Franco a choques particularmente violentos entre las familias políticas e ilustran su determinación de mantener el equilibrio global» (PRESTON, 2014, p.232) del régimen.

Sea como fuere, la religión católica jugó un papel socializador del discurso y de la ideología del nuevo régimen. Podemos observar, por lo tanto, cómo la religión

cumplió un rol preponderante en la configuración identitaria del franquismo, y también del fascismo español. El recurso a la identidad católica que la propia Falange articuló sirvió como uno de los pilares fundamentales de la ideología del movimiento, sobre todo respecto al mito de palingenesiaⁱⁱ. Este mecanismo, además, dotó a la Falange de un mayor alcance y difusión entre los españoles, adaptándose a una coyuntura posbélica muy compleja en el contexto que surgió. Según Ismael Saz (2010, p.312-329), la guerra civil española vino a situar a dos culturas políticas distintas en posiciones de poder: de un lado, la de los nacionalistas reaccionarios y nacionalcatólicos; y del otro, la fascista. Estas dos culturas políticas fueron erigidas como los dos grandes referentes político-ideológicos del régimen y las disputas entre ambas culturas entorno al control cultural y de pensamiento se hicieron presentes en las primeras décadas del establecimiento del régimen.

Sin embargo, el alejamiento de la España franquista de los regímenes fascistas a partir de 1942 y 1943, fue consecuencia directa de la marcha de la Segunda Guerra Mundial. El régimen fue obligado a abandonar la retórica fascista y buscar otros apoyos. En las nuevas democracias constituidas en el contexto de la posguerra «la lucha común en la resistencia había facilitado el diálogo y el encuentro de los católicos con otras fuerzas democráticas, y preparado el nuevo papel protagonista que iban a jugar» (MONTERO, 1993, p. 82). Por ello, importantes sectores católicos y el episcopado empujaron a la dictadura hacia la reducción del peso de la Falange y el aumento de su identificación con el nacionalcatolicismo (BOTTI, 1992, p. 118).

En razón de ello, claro está que durante los años cuarenta aumentó el grado de catolización de España con una jerarquía eclesiástica siempre dispuesta a lanzar sus exigencias e inquisiciones. De hecho, la influencia política y social que el catolicismo adquirió en el terreno de político-cultural vino a sustituir la influencia política que, hasta entonces, ejercía el sector falangista. Estos hechos ejemplifican la gestación de un nuevo marco ideológico en el ámbito estatal: el nacionalcatolicismo. Este, consciente y explícitamente reaccionario, partía del supuesto de la consustancialidad de lo español y lo católico. Estos presupuestos ideológicos chocaban con la visión de muchos integrantes de la Falange de concepción palingenésica y de apuesta por un proyecto revolucionario.

La pérdida de influencia pública de los falangistas radicales (con el ascenso de José Luis Arrese, falangista «acomodado» (LAZO, 1995), más pragmático y moderado,

a la secretaría general del Partido y de Carrero Blanco como consejero privilegiado de Franco) reveló el inicio del declive de un proyecto político fascista y autónomo. Cazorla (2000) considera que este acontecimiento supuso de forma definitiva la posición subalterna del falangismo dentro del equilibrio de poder del Nuevo Estado; pero, al mismo tiempo, significó el fortalecimiento de la estructura del partido. No se puede olvidar, además, como señala González Madrid (2011) que el partido FET-JONS continuó siendo uno de los pilares del poder de la dictadura y «desempeño funciones centrales de salvaguarda del régimen» a lo largo de los años.

La existencia de una cultura política falangista plenamente insertada en el paradigma del fascismo internacional se afirmó como componente importante del franquismo y como elemento hegemónico de la FET-JONS. Está claro que también fue un proyecto que se diferenciaba al nacionalcatolicismo y por esta razón Ridruejo entendía que sin la recuperación del auténtico clima revolucionario, el movimiento falangista terminaría por diluirse en el seno de la sociedad conservadora (SAZ, 2003). El enfrentamiento entre estos dos modelos alcanzó su momento más crítico en julio del 1945, coincidiendo con el cambio de gobierno. De este modo, una larga etapa de nacionalcatolicismo se inició tras el desenlace de la II Guerra Mundial con el fin de adaptar el régimen a la nueva coyuntura internacional en la cual la dictadura buscaba evitar su aislamiento.

Conclusiones

A lo largo del presente trabajo nos hemos ocupado de describir y analizar el proceso de construcción del movimiento fascista en España y su declive a partir de la preponderancia del nacionalcatolicismo. La construcción de la Falange Española, surgida en un periodo de crisis internacional en el que convergían las ideas autoritarias de derecha con un mundo en transición, se reveló como la auténtica tercera vía y la fuerza simbólica y mítica para sustentar el nuevo régimen. Su ideología ecléctica, en la que confluyeron un misticismo religioso y el corporativismo inspirado en el fascismo italiano, permitió la formación de un movimiento, a la vez, tradicional, autoritario y renovador.

Desde esta óptica, la Falange, en sintonía con los otros movimientos fascistas mundiales, construyó sus propias bases ideológicas. Durante los años treinta, se demostró el peso y la intensidad de la radicalización y la fascistización de las derechas,

teniendo su inicio desde revistas literarias y tertulias. Los compromisos literario y político se unieron de tal manera que no fue posible separarlos. En este sentido, los escritores surgieron como los portavoces de la nueva generación de políticos a través, sobre todo, de la figura de José Antonio. Fue a través del mito de los caídos y de la fuerza movilizadora de la Falange que el régimen pudo sustentarse ideológicamente, sobre todo, hasta fines de los años cuarenta.

No obstante, a lo largo del primer franquismo (1936-1945), los falangistas perdieron progresivamente su poder político y capacidad movilizadora. La ausencia de un proyecto político definido, sea por la movilidad constante de sus cuadros, sea por la falta de coherencia interna tras la unificación de la FET de las JONS, implicaron la imposibilidad de acceso al poder por un partido genuinamente fascista. Todo este conjunto de limitaciones conllevó a la construcción de un Partido débil en cuanto a sus pretensiones fascistas, y dio paso al fortalecimiento del nacionalcatolicismo como aparato ideológico predominante del nuevo régimen. Por todo ello, las pretensiones vanguardistas de intelectuales como Giménez Caballero, las propuestas corporativistas de los falangistas y el intento de movilización de las masas sucumbieron a la imposición de un régimen más tradicional que renovador.

Referencias:

- ALBERT, Mechthild. Vanguardistas de camisa azul. Madrid: Visor Libros, 2003.
- ALONSO IBARRA, Miguel. “Cruzados de la civilización cristiana. Algunas aproximaciones en torno a la relación entre fascismo y religión”, Rubrica Contemporanea, Vol. 3, núm. 5, 2014, p.133-154.
- BARRIO ALONSO, Angeles. La modernización de España (1917-1939): política y sociedad. Madrid: Síntesis, 2004.
- BERNECKER, Walther L. “El debate sobre el régimen fascista”. In: ALBERT, Mechthild: Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español. Madrid: Iberoamericana, 1998, p. 28-49.
- BÖCKER, Manfred. “¿Nacionalsindicalismo o fascismo? El fascismo español de la Segunda República y su relación con los movimientos fascistas en el extranjero”. In: ALBERT, Mechthild. Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español. Madrid: Iberoamericana, 1998, p. 11-27.
- BOTTI, Alfonso. Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975). Madrid: Alianza Editorial, 1992.
- BOX, Zira. El cuerpo de la nación. Arquitectura, urbanismo y capitalidad en el primer franquismo. Disponible en: <http://www.ucm.es/centros/cont/descargas/documento19015.pdf> . Acceso en: 10 set. 2012.
- CARBAJOSA, Mónica & Pablo. La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de Falange. Barcelona: Crítica, 2003.

- CARNICER, Miguel Ángel Ruiz. “Artes y Letras de supervivencia”. In: GRACIA & CARNICER. *La España de Franco (1939-1975)*. Madrid: Síntesis, 2004, p. 127-154.
- CASANOVA, Julián. “Historia Social”, No. 20, *Debates de Historia Social en España*, Autumn, 1994, p. 135-150.
- CHUECA, Ricardo. *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983.
- CIRICI, Alexandre. *La estética del franquismo*. Barcelona: Gustavo Gili, 1977.
- DE LIMA GRECCO, Gabriela. El control del libro durante el primer franquismo, *Diálogos (Mariné)*, v. 18, n.1, p. 361-380, jan.-abr./2014.
- EIROA, Matilde. “Las fuentes doctrinales: pensamiento y lenguaje de la represión sistemática (1936-1948)”. In: ARÓSTEGUI, Julio (coord.). *Franco: la represión como sistema*. Barcelona: Flor del Viento, 2012, p. 107-154.
- GIMENEZ CABALLERO, Ernesto. *Arte y Estado*. Madrid: Gráfica Universal, 1935.
- GRACIA, Jordi & CARNICER, Miguel Ángel Ruiz. *La España de Franco (1939-1975): cultura y vida cotidiana*. Madrid: Síntesis, 2004.
- GRIFFIN, Roger. *International Fascism. Theories, Causes and the New Consensus*. Londres: Arnold, 1998.
- GRIFFIN, Roger. *Modernismo y fascismo*. Madrid: Editorial Akal, 2010.
- JIMÉNEZ CAMPO, Javier. *El fascismo en la crisis de la II República*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979.
- LAZO, Alfonso. *La Iglesia, la Falange y el fascismo (Un estudio sobre la prensa española de posguerra)*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1995.
- MARTINEZ-ALIER, Joan & JUSMET, Jordi Roca. *Economía política del corporativismo en el Estado español, del franquismo al posfranquismo*. Madrid: Reis, 1984, p.25-62.
- MELLÓN, Joan Antón (ed). *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*. Madrid: Editorial Tecnos, 2012a.
- MELLÓN, Joan Antón. “Nostalgia del futuro. La visión del mundo del fascismo clásico en sus textos”, In_ MELLÓN, Joan Antón. *El fascismo clásico (1919-1945) y sus epígonos*. Madrid: Editorial Tecnos, 2012b, p. 71-110.
- MONTERO, Feliciano. *El movimiento católico en España*. Madrid: Eudema, 1993.
- PAYNE, Stanley G. “Fascismo y Modernismo”, *eRevista de Libros de la fundación Caja Madrid*, n.º 134, febrero de 2008.
- PAYNE, Stanley G. *Franco y José Antonio, el extraño caso del fascismo español. Historia de la Falange y del Movimiento Nacional (1923-1977)*. Barcelona: Planeta, 1997.
- PERFECTO, Miguel Ángel. “El corporativismo en España. Desde los orígenes a la década de 1930”, *Pasado y memoria: Revista de Historia Contemporánea*, n5, 2006, p. 185-218.
- PRESTON, Paul. *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*. Barcelona: Península, 2014.
- RAMIREZ, Manuel. *España 1939-1975, régimen político e ideología*. Barcelona: Guadarrama, 1978.
- RUIZ BAUTISTA, Eduardo. *Los señores del libro: propagandistas, censores y bibliotecarios en el primer franquismo (1939-1945)*. Gijón: Trea, 2005.
- SAZ, Ismael. “Las culturas políticas del nacionalismo español”. In: LEDESMA, Manuel Pérez y SIERRA, María (eds.). *Culturas políticas: teoría e historia*. Zaragoza: Historia Global, 2010, p. 312-329.
- SAZ, Ismael. *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons, 2003.

SESMA LANDRIN, Nicolás. “De la elite intelectual a la aristocracia política. El discurso de la renovación ideológica y generacional en Gerarchia, Rassegna Mensile della Rivoluzione Fascista y Jerarquía, la revista negra de la Falange”. In: MORENTE, Francisco (ed). España en la crisis europea de entreguerras. Madrid: Catarata, 2011, p. 269-288.

SEVILLANO CALERO, Francisco. “A cultura da guerra do novo Estado espanhol como principio de legitimação politica”. In ROLLEMBERG & SAMANTHA (org.). A construção social dos regimes autoritários. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2010, p.257-281.

WAHNÓN, Sultana. La estética literaria de la posguerra del fascismo a la vanguardia. Ámsterdam: Atlanta, 1998.

Notas:

ⁱ Entre las actividades de la falange con respecto al medio rural se destacan las obras sindicales de la Organización Sindical Española, tales como “la Obras Sindical de Artesanía, dedicada a fomentar artes y oficios populares, como parte de la ideología ruralista, el cultivo del folclorismo y el mantenimiento de la tradición” (Carnicer, 2004, p. 89); la de Cooperación, basado en la unión entre cooperativismo y tradición agraria católica, dando como resultado la creación de una red de cajas rurales, heredera de la Confederación Nacional Católica; y la Obra Sindical de Colonización, que también formaba parte de los planteamientos ruralistas de la Falange, y para ello se crean las granjas-escuela y grupos sindicales de colonización. De este modo, la retórica de la verdadera esencia española representada por el hombre y la mujer del campo permitió la falange dar paso a un proyecto político de sindicalismo de las masas campesinas.

ⁱⁱ Según Alonso Ibarra (2014, p.140), este concepto se relaciona a la «utilización del pasado glorioso como base ideológica para la construcción de un nuevo orden, mediante la nacionalización de dicho pasado y la actualización de sus elementos identitarios con el fin de dotarlos de funcionalidad en el presente. Un recurso mítico que ejerce su función como elemento legitimador de la necesidad de purificación del cuerpo nacional».